

UNA FECHA

María Ruipérez

¿COMO influyó el 18 de julio en la vida política, cultural y social de nuestro país? ¿En qué medida repercutió no sólo entre quienes lo vivieron directamente, sino también entre los miembros de generaciones más jóvenes, que sufrieron su impacto a través del medio familiar y del ambiente general del país? ¿Cuáles son los recuerdos, las

LOS QUE VIVIERON LA GUERRA



Antonio Tovar

COMO para toda la gente de mi edad, el 18 de julio de 1936 tuvo unas consecuencias decisivas. Yo tenía entonces 25 años, estaba en Berlín, y estuve dudando mucho tiempo entre un bando u otro, pero fue seguramente el ambiente berlinés el que me decidió a elegir el lado de los nacionales. Yo entonces era pensionado de la Junta de Ampliación de Estudios en Alemania, había estado unos meses antes en Francia, y estuve en Berlín donde pensaba pasar el verano. Recuerdo la impresión del asesinato de Calvo Sotelo —realmente eso fue algo tremendo—, y el comienzo de lo que después se configuró enseguida como guerra; desde allí se vio muy pronto que era una guerra civil. Me acuerdo que los primeros días nos fuimos reuniendo los estudiantes españoles en un café de la parte nueva y elegante de

EN LA VIDA

imágenes de este acontecimiento y de su larga continuación, que aún perduran, y que será imposible hacer desaparecer y olvidar? Sin pretender una respuesta exhaustiva a estas cuestiones, en esta pequeña encuesta hemos tratado de confrontar a un conjunto de intelectuales de diverso origen e ideología, de diferentes dedicaciones profesionales y distintas sensibilidades, con su propio pasado —que es, al mismo tiempo, el pasado común—, por medio de una única pregunta: ¿Qué consecuencias tuvo en su vida el 18 de julio de 1936?

Berlín; allí estaba Eugenio Montes, que era corresponsal de ABC, y alrededor de él nos fuimos concentrando los que nos inclinábamos a lo largo de los últimos días de julio y primeros de agosto al lado nacional. La tertulia de españoles que iba por allí a recoger noticias, porque Montes recibía continuamente los boletines impresos de las Agencias, nos dividimos, y de allí salió un pequeño grupo de doce o catorce que a finales de agosto embarcamos en un barco alemán del Partido Nazi, que organizaba viajes para distraer a la gente. En realidad, no eran obreros los que iban en aquel viaje, sino más bien gente acomodada, burgueses. Desembarcamos en Lisboa sin equipaje, porque íbamos a la guerra, y con ramos de rosas rojas y amarillas que nos dio una señora que viajaba con nosotros y que era la mujer de uno de los jefes de la Lufthansa. Nos pusimos en relación con los elementos nacionalistas, que daban un salvoconducto

para entrar en lo que ya se empezaba a llamar zona nacional. Allí en el hotel Avis, el más lujoso de la Lisboa de entonces, estaban aquellos señores, que eran en general títulos de la aristocracia, entre ellos el marqués de Luca de Tena, director del ABC, y personalidades por el estilo, que por fin nos dieron un salvoconducto para entrar en zona nacional. Nos dividimos, unos se fueron hacia Badajoz, y otros hacia Salamanca, donde nos detuvimos. Allí hablé y ví por última vez a D. Miguel de Unamuno. La conversación con él fue un poco difícil; Unamuno me conocía, porque había estado con él varias veces, y le habíamos invitado a dar unas conferencias en Valladolid. Yo iba vestido de uniforme falangista, y D. Miguel me dijo: «Lo de Alemania y lo de Italia no me gusta nada, no son cristianos». Se ve que Unamuno ya estaba inquieto, aunque todavía estábamos a 2 ó 3 de septiembre, un mes antes de su estallido del 12

de octubre, que fue cuando realmente se atrevió a decir lo que sentía.

Después, recuerdo mi llegada a Valladolid, donde estaba mi familia casualmente, porque mi padre era notario y vivíamos en la provincia de Alicante. Pero se les había ocurrido ir a pasar un mes de descanso a Simancas, y allí les sorprendió la guerra, afortunadamente para ellos. Yo fui a verlos y me encontré al Valladolid terrible del mes de septiembre con los «paseos». Yo me había hecho falangista en Berlín, y por eso había entrado en España con el uniforme; por cierto que era muy llamativo, porque los corrajes los habíamos comprado en las tiendas de los nazis, y eran negros y mucho mejores de calidad que los que se usaban aquí. Entonces, empecé una carrera política un poco complicada. En Valladolid tenía amigos, pero también tenía enemigos, porque antes había sido de la FUE, y de los más significados en la época en que apare-

ENCUESTA

cieron las JONS, que realmente triunfaron en la Universidad por la violencia, y en las últimas luchas, yo me había enfrentado, por ejemplo, con Girón. De modo que había gente que no me quería mucho. Pero mis conocimientos de lenguas extranjeras, y mi capacidad para escribir artículos en los periódicos me hicieron útil en la propaganda. Así empecé mi carrera política: primero, en la propaganda; después, estuve un tiempo en el frente, y más tarde fui a Salamanca, donde choqué con el buen hombre aquél que era el cura Izurdiaga, el jefe de propaganda de la Falange. Entonces, me volví al frente, y de allí me llamaron para el primer Gobierno Nacional, donde con Serrano Suñer estaba Dionisio Ridruejo, y me incorporé a él el último año de la guerra como Director de Radio Nacional.

A Franco no lo conocí entonces, sino mucho más tarde, según fui, digamos, subiendo en mi carrera política. En ese tiempo, en Burgos, se organizó al terminar la guerra el Consejo Nacional de la Falange, me hicieron Consejero Nacional, y allí duré muchos años. Este puesto me llevó a las vecindades de Franco. Fui Director General con Ibáñez Martín, desde octubre de 1939 hasta diciembre de 1940. Después, a consecuencia de las relaciones con Hitler, en las que intervine a lo largo de 1940, y el paso de Serrano Suñer de Interior a Asuntos Exteriores, fui algún tiempo Subsecretario de Prensa y Propaganda, desde diciembre de 1940 hasta marzo de 1941. Probablemente como consecuencia

del arreglo que hizo Franco con el Vaticano para conseguir el nombramiento de obispos para las numerosas sedes vacantes, el Vaticano debió exigir a Franco —esto lo maniobró muy hábilmente Roosevelt, a través de M. Taylor, que era el delegado personal de Roosevelt con el Papa, que era ya Pío XII— la no entrada en la guerra. Por eso, salimos de los puestos ministeriales unos pocos, y se inició la decadencia de Serrano Suñer, que había sido hasta entonces el representante del Gobierno español en los contactos con Alemania.

Mis contactos con Hitler se produjeron en parte a consecuencia de un viaje que hice a Berlín. Me invitaron a ir allí el matrimonio Faupel, el primer embajador alemán en Salamanca, y que había sido relevado —probablemente a petición de Franco— por haber intervenido en la política interior. El intento favorecer a la Falange para que se convirtiera en partido único al estilo alemán, y se mezcló mucho en el asunto de Hedilla, que a Franco siempre le puso muy nervioso, porque era una limitación de su poder personal, que era lo que le interesaba. Entonces, los Faupel, sin otra intención que su simpatía por mí, porque yo hablaba alemán, me invitaron a dar una conferencia en Berlín en junio de 1940. Esas semanas que estuve en Berlín, aparte de dar la conferencia, me permitieron ver que Hitler entraba victorioso en la ciudad; hubo una gran entrada después de la toma de Noruega, Dinamarca, Holanda y Bélgica, y de

París. Yo pude comprobar que el embajador español que había en Berlín, el viejo marqués de Magaz, que había participado en el Directorio de Primo de Rivera, y que era un marino a la antigua, es decir liberal y anglófilo, no tenía ninguna simpatía por los alemanes, de quienes decía que eran igual que los rojos de nuestra guerra civil, es decir que mataban; y por eso no tenía la menor relación con el Gobierno alemán. Entonces los alemanes estaban en Hendaya, y yo consideraba esta situación realmente muy grave, y volví a Madrid en julio de 1940, y dije que había que tomar contacto con los alemanes sin más remedio, porque limitábamos en Hendaya con el Ejército alemán en expansión. En septiembre de ese mismo año se produjo el viaje de Serrano Suñer a Alemania, viaje tan secreto que, creo recordar, no sabíamos dónde íbamos, y yo ya intervine de intérprete, y conocí personalmente a toda la plana mayor de los nazis: hice de intérprete con Hitler y con Ribbentrop. Luego se produjeron algunos viajes más, creo que en este orden: fuimos en septiembre hasta comienzos de octubre, y volvimos por Roma, donde Serrano habló con Mussolini; al mes siguiente, se produjo el viaje de Hitler a Hendaya. Yo también estuve, pero no hice de intérprete, porque los alemanes no admitieron más que a uno de cada parte, y estaba el barón de las Torres, que era introductor de embajadores, hablaba bien el alemán, y fue el que actuó, aunque yo estuve en las ne-

gociaciones que duraron toda la noche. En el mes de noviembre de 1941 fuimos a Westegaden —fui con Serrano—, y fue el momento en que se le hizo saber a Hitler que, en las condiciones en que estábamos, España no entraría en la guerra; era el momento en que ya había comenzado la guerra con la Unión Soviética, y por consiguiente, Hitler no estaba ya en condiciones de pensar en el Oeste. Es decir, que en los planes de guerra de Hitler hay una imprevisión, un descuido, una falta de planteamiento terribles; porque extender los frentes al Este cuando no tenía dominado el Mediterráneo, era una locura. Realmente, ahí se ve cómo Hitler era un loco, que no media las consecuencias de sus actos. Este fue mi penúltimo viaje; después, fui otra vez a Alemania con Serrano en noviembre de 1941, a adherirnos al Pacto Tripartito —claro está, de una manera platónica— como anticomunistas y con muchas restricciones, y ya nos trataron como aliados dudosos, no íntimos. Después hubo otro viaje muy gracioso de Arrese, que fue una verdadera figuración.

La historia de mi ruptura con el régimen es muy larga y vacilante. En 1941, cuando se produjo la disminución de poder de Serrano, por una garantía que se debió de dar a los Estados Unidos a través del Vaticano de que España no entraba en la guerra, salí con él. Yo no tenía interés en continuar la vida política, y no hice nada por volverme a *subir al tren*. En 1942 hice unas oposiciones larguísimas. Cuando por fin se ter-

minaron, en abril me marché a Salamanca. Entonces, continué como Consejero Nacional muchísimos años, con aquella inercia que tenían las cosas en los tiempos de Franco. Todavía entonces, yo estaba en las mejores relaciones con la Jefatura Provincial. Pero las jerarquías nacionales no me estimaban mucho, porque yo representaba a corrientes que ya no interesaban a los falangistas, cada vez más franquistas y más dóciles, que estaban en la Secretaría General, y me fui alejando poco a poco. Cuando ya volví a un cargo político —o semi-político— que fue cuando Ruiz Jiménez me hizo Rector de Salamanca en 1951, yo estaba ya muy alejado del régimen. Pero, aún así, recuerdo mi desilusión de haber buscado a veces el apoyo o la aprobación de Raimundo Fernández Cuesta, por ejemplo, o de haber asistido al acto realmente fúnebre en 1954 ó 1956, para conmemorar el aniversario de la fundación de la Falange, y que fue el último gran acto de masas de la Falange. Se hizo aquí en Madrid en el Estadio Bernabéu, y habría unas 70.000 camisas azules; pero fue un acto fúnebre, aquello se veía que se había acabado. Cuando al año siguiente se produjeron los sucesos de febrero de 1956, ya me consideré desligado de la Falange, no me volví a poner el uniforme nunca, y no me sentí ya vinculado a nada. Entonces, me marché de España para Argentina en enero de 1958; y desde entonces ya no he vuelto a estar al servicio de la Universidad en España, más que dos

años, porque tenía que reválidar mi pasaporte para volver a entrar en EE.UU.; intenté volver por los problemas familiares que se me planteaban en 1965, y me encontré con la expulsión de Tierno, Aranguren y García Calvo, quienes me convencieron de que no había manera de quedarse aquí. Entonces fue cuando pedí la excedencia definitivamente.

Mi cambio de actitud hacia posturas liberales no me produjo ningún disgusto con el régimen de Franco, porque yo no era un político que me sintiera capaz de dirigir a la oposición. Guardé una conducta prudente. Me limité a escribir, unas veces con mi firma y otras con seudónimo, en los periódicos de la oposición, pero no tuve otra actividad. Mi actitud no me impidió venir a España en vacaciones, y tener aquí a la mayor parte de mi familia. Esto quiere decir que yo había perdido mis ambiciones políticas en 1941, y no las he vuelto a tener. Con mis amigos falangistas tampoco tuve disgustos, porque casi todos evolucionaron de forma paralela a la mía; Serrano Suñer se distanció en 1944 ó 45; en cuanto a Dionisio, iba muy por delante de mí, se separó mucho antes que yo. Es más, cuando yo fui Subsecretario de Propaganda, realmente le sustituí a él, que había renunciado al cargo. En cuanto a Laín y otros, me acompañaron más o menos en el alejamiento de un régimen que nunca nos había satisfecho y que, al convertirse en el *dominio personal* de D. Francisco Franco y su familia, no lo encontramos demasiado atractivo.

ENCUESTA

Hombre, algunos han vivido del régimen, y se obstinan en reconocer que Franco era la Falange; y alguno de ellos me ataca con su firma en *El Alcázar*, o me escribe una carta diciéndome que cómo yo —sobre todo, desde mis últimas actuaciones—, que he sido su maestro en falangismo, actúo así. Yo no he sido maestro en falangismo de nadie; yo no lo he inventado, lo he seguido durante una época, lo he servido creyendo que aquello podía servir para algo, porque el espejismo del fascismo en la década de los treinta fue muy fuerte. El fascismo es una invención política de cierta lógica, porque frente al Estado totalitario que inventó Lenin, se intentó un Estado totalitario de signo contrario, que apela —en Italia con más moderación— a los mismos procedimientos, que no Stalin, sino Lenin introdujo con la Revolución Rusa. Tenía una cierta lógica, hasta que se evidenciaron los peligros de un régimen personal, la inmundicia irremediable que lleva consigo, la falta de crítica en toda la vida política, que conduce a que las manías, caprichos y tonterías de cualquier persona, llámese Mussolini o Franco, y no digamos Hitler, se convierten en ley, y es una barbaridad. Eso nos llevó poco a poco a volver a creer en el Estado parlamentario, donde se discute, donde se controla, donde hay una prensa más o menos libre que por lo menos denuncia las cosas. En fin, que corrige los defectos que la naturaleza humana lleva consigo, y que en la política totalitaria se exacerban.



José Luis L. Aranguren

ME gusta mucho que me haga esa pregunta, porque a los que ya somos viejos, pero no vivimos enteramente como viejos, sino que llevamos todavía una vida activa, de cuando en cuando nos gusta rememorar otras épocas. Y, evidentemente, esta fue una fecha crucial para muchos de nosotros. Yo acababa de terminar los estudios de Filosofía en la Facultad de Madrid; esa Facultad era muy orteguiana, lo que quiere decir que los que estábamos allí —como luego se vio— vivíamos una situación anímica, sin duda equivocada desde la perspectiva de hoy, de un distanciamiento, tanto de lo pasado y de la reacción que amenazaba, como del presente. Ortega y Gasset ya había declarado: «No es esto. No es esto»; se había retraído mucho de la política republicana, en gran parte sin duda —eso no lo veíamos los jóvenes en aquel momento, pero después sí— por un cierto resentimiento con respecto a la categoría predominante que había adquirido Azaña, porque entre

Azaña y Ortega hubo siempre una cierta rivalidad, que por parte de Azaña era de una especie de envidia —la palabra no es exacta— o de una cierta emulación, mientras que Ortega, las pocas veces que le oí hablar de Azaña, hablaba de él con un cierto desdén, y con un relativo menosprecio. Naturalmente, esto había podido ser una situación de relación entre uno y otro antes de la República, pero con la República el papel de Azaña crece; y Azaña, por otra parte, se revela como mucho más eficaz como orador en las Cortes que Ortega, que era demasiado preciosista y teórico para tener impacto entre los miembros del Congreso. Y con todo eso, el ambiente predominante en la Facultad de Filosofía era de alejamiento tanto de una cosa como de otra, aunque nos sentíamos republicanos.

Por otra parte, en mí se dio también el otro entorno, que no es universitario, sino familiar. Mi padre era una persona burguesa, de las que se

suelen llamar apolíticas, y que en definitiva son del orden establecido, y por lo mismo que era apolítico, no tenía ninguna veleidad de adscribirse a nada que fuese de la reacción. Pero yo estoy convencido, aunque él era siempre muy prudente y callado como yo, que el Movimiento no le pareció mal; al principio quizá sí, porque no se sabía lo que iba a pasar, pero una vez que aquello se fue afianzando, no le pareció mal. Y yo tenía un hermano —el único que he tenido— que era de derechas, aunque no pertenecía a ningún partido. Entonces, quiere decirse, que el 18 de julio me produjo una sensación de tremenda soledad, porque en casa me encontré incómodo. Ya habíamos tenido discusiones graves cuando la muerte de Calvo Sotelo, porque en casa pareció muy mal, mientras que yo trataba de entenderlo en su contexto, porque, realmente, hasta cierto punto, él había provocado lo que ocurrió.

En el momento de estallar el Movimiento, nosotros no estábamos en Madrid, sino en San Sebastián; y eso quedó paliado por encontrarnos en un terreno que era relativamente neutral desde nuestro punto de vista, porque no era lo acérrimo. Por ejemplo, hubo registros que hacían las gentes del PNV, pero eran muy atentos para todo el mundo. En un barrio como el nuestro, que era burgués, se portaban muy afectuosos y simpáticos. De modo que en esos meses que estuvimos bajo el dominio del PNV, al menos yo, vivíamos en un ambiente de gran tranquilidad. Por supuesto, la gente podía ir

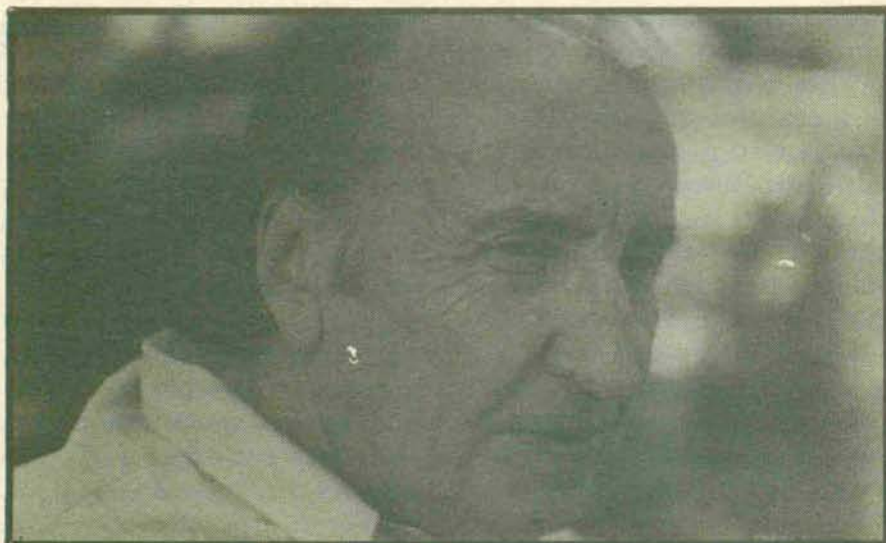
los domingos a misa, y de hecho iba muchísima gente, porque allí quienes dominaban eran los nacionalistas, y muchos eran de derechas. En conjunto, había un ambiente de gran tranquilidad, y como de un alejamiento de los problemas. Después de que las tropas de Franco entraron en San Sebastián, le encargaron a mi padre que se hiciese cargo de la representación de la Tabacalera en Toledo. Fui yo en su lugar, y estuve hasta el verano de 1937. Eso fue para mí una especie de retiro, que sintonizó muy bien con mi estado espiritual: porque yo me sentía como muy alejado del medio en el que tenía que vivir, porque Toledo estaba en zona de guerra e incluso había paseos públicos por donde no se podía ir porque al otro lado estaban los republicanos. Incluso tuve algunas tendencias místicas. Y estaba muy solo, porque no conocía a nadie.

A continuación fui movilizado, cuando le llegó el turno a mi quinta. Volví a San Sebastián y me pusieron en un regimiento de artillería. Estuve allí unos cuantos meses, hasta julio de 1938. Me casé durante ese período, y después, por una voluntad de cambiar de sitio, pedí ir al frente de Aragón. Cuando fui sometido al expediente administrativo, que acabó con la decisión de separarme de mi cátedra, me preguntaba el juez instructor: «Usted que no quería matar a nadie, estuvo en artillería, que es peor que en ningún sitio»; y yo le decía: «Pero es que yo nunca disparé nada». Al juez, esta contestación mía le irritaba mucho: «Pues

mire usted, yo lo que hacía allí era conducir automóviles, y como no atropellé a nadie, estoy seguro de que no derramé ni una gota de sangre humana».

Lo que hice en ese período fue leer enormemente, lo mismo cuando estuve en el frente que en el Hospital, y luego cuando me pasaron a servicios auxiliares. Realmente, yo en la guerra no hice otra cosa que leer. Pero apenas terminada la guerra, yo no sé si por el cambio de régimen o de clima, porque volví a Avila, tuve unos alarmantes vómitos de sangre, y me pasé dos años sometido a un régimen de tuberculoso o algo así. Luego ya me fui incorporando a la vida activa, y empecé a escribir. En principio quise incorporarme a la vida intelectual, pero me encontré un campo absolutamente cerrado a cualquier actividad para alguien que no hubiese sido oficial —como pasó en las primeras oposiciones después de la guerra— y me tuve que dedicar a escribir artículos y libros, hasta el momento del advenimiento de Ruiz Jiménez al Ministerio de Educación, que fue una especie de apertura. Y en una de esas reuniones que teníamos con frecuencia una serie de amigos, entre los que estaba Pedro Laín, fue él quien me convenció de que debía de opositar a una cátedra vacante. Me presenté a oposiciones, obtuve la cátedra, y las dificultades aumentaron al caer el Ministerio Ruiz Jiménez; pero fuimos campeando hasta aquel curso de 1965, que fue mi último curso lectivo en la Universidad.

ENCUESTA



José Miguel Naveros

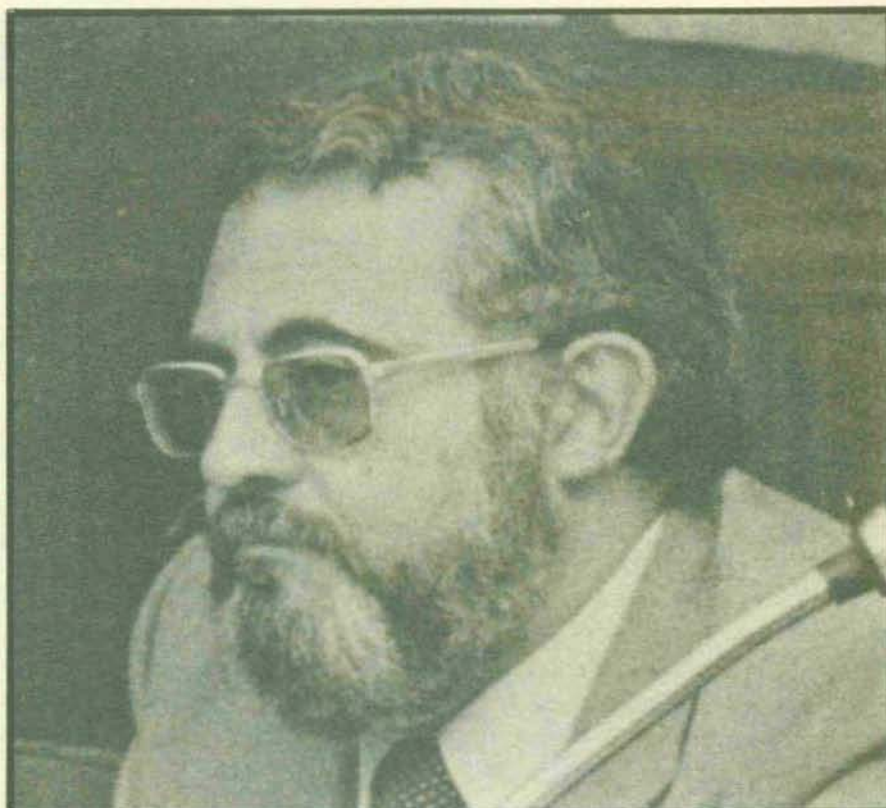
EL 18 de julio tiene para mí, que entonces tenía 16 años, el sentido de una frustración de la sociedad española, porque España marca dos momentos álgidos en su historia contemporánea, que son las Cortes de Cádiz y la República. La República traía un cambio de toda la vida caciquil española, de todo el fracaso de nuestro Imperio colonial en 1898, y fue la esperanza de toda la juventud. Jamás España ha conocido un movimiento literario, cultural y político como el de la República. En la pequeña capital de Almería donde yo vivía, y donde fui primero Presidente de las Juventudes Republicanas, y luego Secretario Provincial de Izquierda Republicana en 1936, había una inquietud que hoy no hay porque no puede haberla, porque ya no existe aquella juventud llena de entusiasmo, estudiosa, artística, y con unos deseos tremendos de evolución.

En Almería, cuando se declaró el 18 de julio, los temo-

res fueron grandísimos; estábamos a un paso de Melilla, esperábamos que llegarán hasta aquí, sabíamos que el regimiento estaba comprometido, pero Almería no entró en el Movimiento ni el 18, ni el 19, ni el 20 de julio, sino el 21. Ese 21 de julio, estando de Gobernador civil el señor Peinado, que era de Izquierda Republicana, los militares se lanzaron a la calle, no pudieron con el pueblo de Almería. Razones: una, que vinieron los mineros de Serón; y otra que el pueblo de Almería es demócrata, y supieron salir a la calle e imponerse a la sublevación militar. La guardia civil se hizo fuerte en su cuartel, pero no salió de él; el regimiento del Ejército apenas salió, y sólo apareció una compañía que tomó la Puerta Luchena, y tomó la Radio, después de haber dado el teniente coronel su palabra de que él no se levantaría nunca contra el poder legalmente constituido. Nos defendimos como pudimos, pero nos defendimos. Y se dio la circunstancia de

que con una especie de restos de tropa que venían de Almería (Granada) se reforzó el Gobierno civil de Almería. Y a la caída de la tarde, apareció el barco Lepanto, que era republicano, y los militares se rindieron. Pero vuelvo a repetir que Almería se defendió por sí sola. Después, todos pagamos las consecuencias de aquella victoria de la República en Almería, porque la posguerra en Almería fue durísima, extremadamente dura. Allí se hicieron verdaderas monstruosidades, porque el Gobernador de entonces era hijo de Almería y era un cacicón; también por la intervención de los jesuitas, porque Almería era una ciudad poco religiosa, donde había bastante masonería al negociar directamente con Inglaterra, y por eso se creó una sociedad muy liberal, muy avanzada, como no existía en el resto de España. Llegar a Almería era un impacto, porque era entrar en un sitio donde había infinidad de cafés y de establecimientos con nombres ingleses. Tanto es así, que cuando se produjo el 18 de julio, se encontraron con una sociedad que se retrae del Movimiento fascista; y en 1940, la sociedad de Almería continuaba resistiéndose, incluso el capital era liberal. Entonces, los franquistas se inventaron un juicio sumarísimo contra 100 personas por el hecho de repartir el parte inglés, y se las acusó de querer el triunfo de Rusia sobre Alemania. En 1942, el 11 de agosto, se fusiló a ocho personas, entre ellas a una muchacha de 19 años, Encarnita, a Agustín Villaespesa, y a otros más.

Pero no fue un juicio a estos muchachos, sino a Almería, porque la ciudad se estaba comiendo a sí misma, no sabía su uva ni su almendra, ni su esparto, y toda la sociedad almeriense estaba en contra del movimiento franquista. Por eso, el juicio y los fusilamientos se hicieron para asustar a Almería, hasta tal extremo que el juicio se celebró en la Escuela de Artes y Oficios acordonada por una compañía del Ejército, y se le dio tal espectacularidad que dejó a Almería anonadada. Desde entonces, ha sido la provincia que durante el franquismo ha estado quizá más perseguida, y que económicamente se ha encontrado en la mayor pobreza. Yo estuve en la cárcel. Después me pusieron en libertad vigilada, y me vine a Madrid, donde a través de amigos míos estuve trabajando en distintas editoriales. Así fui tirando hasta donde podía en una resistencia pobre, porque ni resistencia se podía hacer al no tener medios. Hay que reconocer que la única resistencia valiosa y congruente que se hizo en España fue la del Partido Comunista, porque los demás partidos sólo pudieron ir tirando. Había que recordar, y yo lo recuerdo, que cuando se produjo la Segunda Revolución Francesa, le preguntaron a un intelectual: «¿Usted qué ha hecho por la República?». Y el intelectual se encaró con el Tribunal, y le dijo: «¿Le parece a usted poco haber salvado la vida?». El que salváramos la vida, el que siguiéramos trabajando, **el que siguiéramos moviéndonos**, ya fue bastante hacer por la democracia.

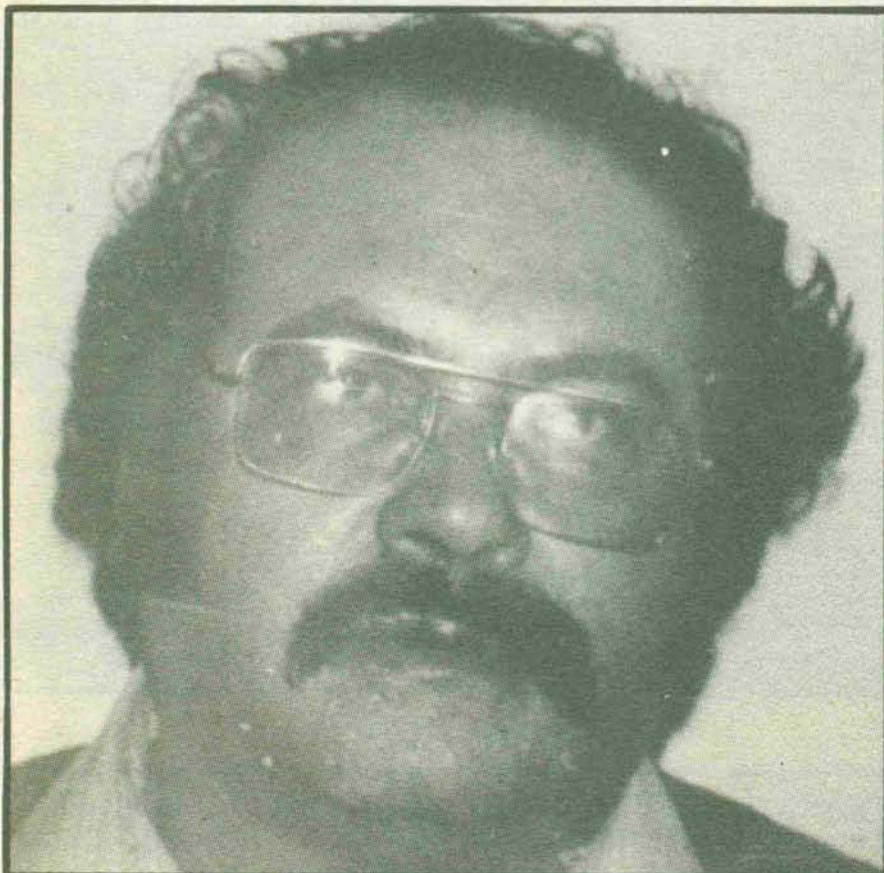


Luis Otero

PARA mí, lo mismo que para todos los españoles que empezábamos a vivir en aquella época —yo tenía entonces cuatro años escasos— el 18 de julio de 1936 ha supuesto marcarnos toda la vida: nuestra forma de educarnos, nuestra forma de convivir, de relacionarnos, etc. Aparte de eso, en mi caso personal, teniendo en cuenta que mi padre era militar y fue fusilado por los republicanos a los pocos días del 18 de julio, tuvo una mayor influencia, porque con este motivo, y la imagen que me quedó, deseé ser militar, agravado por la educación que recibí de tipo religioso y de tipo tradicional, apegado a una serie de mitos y de valores, un poco pensando en glorias y en tener que emular los pasos de mi padre, que me parecía un

héroe. Esto, naturalmente, me ha condicionado para toda la vida: me vi metido en el Ejército, una institución que empecé a conocer cuando tenía 18 ó 20 años. Pero me empecé a dar cuenta enseguida de que de aquellos mitos y de aquellas ideas que había tenido de niño, había muy poco, mejor dicho, no había nada, y que las razones que habían llevado al 18 de julio eran muy diferentes de las que a mí me habían enseñado. Esto me supuso un largo camino de Damasco hasta llegar a encontrarme en posiciones completamente opuestas a las que habían marcado el comienzo de mi vida. Así que, tanto desde un lado como desde otro, esa división que marcó **el 18 de julio la he vivido yo personalmente.**

LOS HIJOS DEL MIEDO



José Antonio Gimbernat

COMO nacido poco después del 18 de julio de 1936, es evidente el enorme influjo de aquella fecha en la propia vida. La guerra civil y su resultado configuraron coactivamente una forma de sociedad y de pensamiento. Los que fuimos educados en la sociedad surgida de aquel 18 de julio, fuimos determinados por aquella forma concreta de entender la convivencia e interpretar la vida.

Aludiendo sólo a algún aspecto del posible análisis, me referiré al factor religioso. A la generación de la posguerra se nos introdujo en una forma de cristianismo

que se ha llamado nacional-católica. Catolicismo de corte reaccionario, vuelto de espaldas a la cultura contemporánea y a la modernidad. Este tipo de catolicismo fue uno de los componentes más activos en la creación de una sociedad intransigente, autoritaria, inculta, farisaica e insolidaria. Ese era el único catolicismo socialmente verosímil en la sociedad fundada por los vencedores y fue el que en líneas generales prosperó.

En mi formación, como jesuita y sacerdote en una primera época (década de los cincuenta), me encontré inmerso en esa ideología reli-

giosa. Eran unas ideas, y sobre todo un clima y una sensibilidad o carencia de ella. El significado político de ese catolicismo como legitimador del franquismo es de sobra conocido. Culturalmente se alienaba en la barrera nacional contra la Ilustración, que evidentemente tiene nombre europeo.

Ante esas referencias religiosas, pronto inicié un itinerario de reestructuración de creencias y actitudes, semejante al que la gente de mi generación tuvo que hacer en lo cultural y lo político. Después de una primera etapa de aceptación de lo transmitido, aparecen ya pronto las primeras confrontaciones críticas, el rechazo y la búsqueda de un cristianismo culturalmente moderno y socialmente responsable. Son años de reconversión difícil, accidentada, con fuertes conflictos con la Institución eclesial. El balance tanto en lo colectivo como en lo individual no es fácil. El oscurantismo civil y religioso del franquismo ha sido traumatizador, pero los resultados no son sólo negativos. Surgió una generación de resistencia. Hubo un rearme moral también en lo religioso. El resultado fue que, por primera vez en la historia de España, el catolicismo se hace pluralista, no aliado inexorable de la reacción.

En suma, la guerra civil y sus vencedores condicionaron a sus hijos, pero ciertamente no siempre los asimilaron y domesticaron.



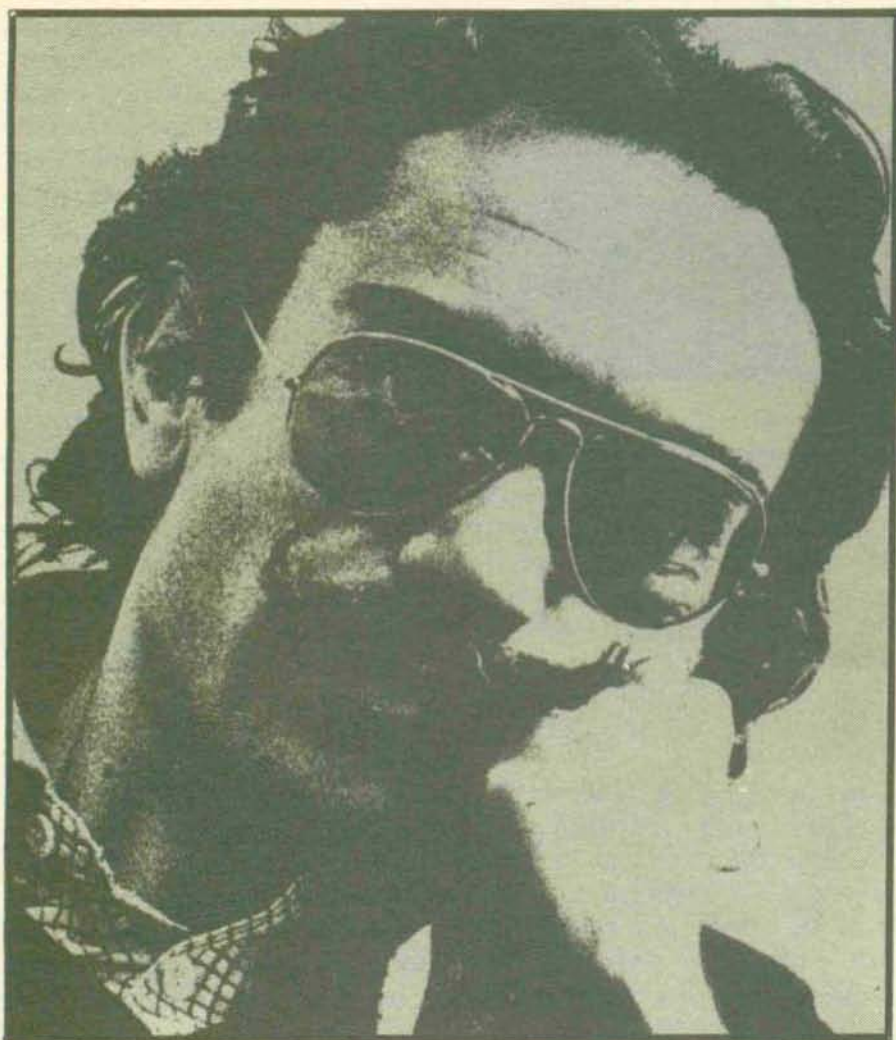
Miguel Boyer

YO nací justo al acabar la guerra, el 5 de febrero de 1939 en San Juan de Luz, porque mis padres eran republicanos, y habían salido de Cataluña unos días antes del derrumbamiento final. Se instalaron en el País Vasco francés, pues mi madre era de Irún, y aquella zona era conocida para ellos. Es decir, yo nací al empezar el exilio de mis padres, que duró sólo un par de años. Por consiguiente, el 18 de julio perturbó grandemente la vida de mi familia, que era una familia azañista, sufrió como tal las consecuencias de la derrota republicana, y tardó un cierto tiempo en readaptarse a las condiciones de vida en la España franquista. Volvieron, fundamentalmente, porque mi abuelo materno había sido condenado a muerte, y mi madre quería interesarse por él. La familia se instaló en Puertollano (Ciudad Real), donde mi padre trabajó en una sociedad minera francesa. Por eso, pasé mis primeros años en el campo, y en un ambiente familiar de oposición al franquismo, aunque ya no había posibilidad de tener una actividad política, porque creo que la

mayor parte de la generación de mis padres quedó muy traumatizada por la guerra civil, y, por otra parte, el partido de Izquierda Republicana en el interior de España no actuó prácticamente después de la guerra.

Más tarde vine a Madrid a los nueve años; estudié en un Colegio francés, que era una especie de oasis para personas de ideología republicana, porque estaban de acuerdo con lo que Francia representaba entonces para los liberales españoles. Ya hacia el final del Bachillerato —terminé en 1956—, e inmediatamente después de entrar en la Universidad, comencé a tener relaciones políticas con personas de mi generación. La primera vez que tuve actividad política fue en lo que se llamaba la Agrupación Socialista Universitaria —la ASU— al mismo tiempo que Luis Gómez Llorente, Miguel Ángel Martínez, y otra serie de personas que luego en la política española se incorporaron, lo mismo que yo, al Partido Socialista Obrero. Y desde entonces, con altibajos de mayor actividad según las fases, he seguido en el PS. Esto quiere decir, que en los pri-

meros tiempos actuábamos en la ilegalidad, con una actividad política difícil por el choque de la generación de posguerra que no había conocido la política anterior a 1939. En mi caso, y en el de mis compañeros políticos, con el Partido Socialista en el exilio, que estaba muy marcado por las condiciones políticas anteriores a 1939, y contaba con una generación dirigente de edad bastante avanzada. La relación fue difícil, tanto por nuestra inexperiencia como por los defectos que se producen en cualquier partido en el exilio, y que desde luego se producían en el PS. De todas maneras, se sobrellevó con las dificultades subsiguientes sabidas por todos, y la actividad clandestina que pudimos hacer en España tuvo el desarrollo que nos permitían las circunstancias. Los que dirigíamos las Juventudes Socialistas fuimos a la cárcel alguna vez: en concreto, Gómez Llorente, Miguel Ángel Martínez y yo estuvimos seis meses en Carabanchel en 1962. Esto en mi caso supuso un retraso en mi carrera universitaria —estaba en 4.º curso— y además estaba haciendo el servicio militar. Supuso una perturbación más grave en la medida en que después, como estaba haciendo la licenciatura en la Junta de Energía Nuclear, fui expulsado de ella, bajo el pretexto de que había material estratégico, y que los tratados con los americanos impedían tener allí a personas con ideología socialista. Por eso, no me quedó otro remedio que orientarme hacia la economía.



Germán Sánchez Espeso

EL 18 de julio de 1936 tuvo bastantes consecuencias, porque de alguna manera aquello ha afectado mi vida entera, puesto que yo nací en 1940, y prácticamente he vivido toda mi vida, hasta los 38 ó 39 años, bajo aquella forma de Gobierno franquista con todas sus consecuencias: desde el punto de vista político, sociológico, mental, religioso y cultural.

Yo he padecido toda la represión católico-nacional de la época, y la he sufrido no solamente en mi educación moral, religiosa y sentimen-

tal, sino también por mi propia labor literaria. Mis primeros libros fueron escritos en la época franquista bajo el poder de la dictadura, algunos de ellos fueron mutilados, y como escritor he sufrido todo lo que tiene que sufrir un escritor en un régimen totalitario: el miedo a la censura, la autocensura, o la censura previa que se hace uno mismo sabiendo que no puede escribir sobre algunos temas. Desde el punto de vista religioso, también he sufrido muy directamente aquella especie de nacional-catolicismo de entonces, puesto que mi adolescencia y

mi infancia han estado marcadas por él. Yo nací en Pamplona en 1940, una ciudad profundamente católica, y yo era un niño ya consciente desde 1947, y como tal me cogió de lleno aquella forma de pensar y de actuar. Hasta tal punto, que a los 17 años entré jesuita y fui jesuita hasta los 28. En la Compañía de Jesús fui perdiendo la fe a medida que estudiaba teología, y entonces la abandoné. Pero no cabe duda de que toda esa época y toda esa primera parte de mi vida, con ese trayecto religioso, fue origen y causa bastante directa de la época en que nací, del catolicismo de la posguerra y de la propia ciudad en que me crié, una ciudad de provincias donde el catolicismo era un dogma. Porque si en lugar de nacer en Pamplona en el año 40, hubiera nacido en una República en el mismo año, posiblemente ni hubiera ido a un colegio católico, ni la influencia católica hubiera sido tan trascendental y tan decisiva en mi vida.

Eso respecto a la religión y a la literatura. Respecto a la moral, han caído sobre mí todos los males que la moral católica acarrea en el tiempo del franquismo, como era aquella falta de información sobre lecturas, aquellos terribles temores que la religión católica usaba para oprimir a los niños. En la moral sexual, por ejemplo, ha acarreado todo aquello que a partir del 18 de julio, y por haber ganado la guerra los que se llamaban nacionales, y la Iglesia católica con ellos —recordemos que los obispos bendecían los cañones de los naciona-

les—. Esta fue la gran represión sexual que he sufrido en mi vida, no por haber sido jesuita en aquella época, sino aunque no lo hubiera sido, porque todos mis compañeros que no entraron jesuitas han arrastrado todos mis temores —y todavía los arrastran— y los arrastramos de alguna manera; porque es muy difícil, o prácticamente imposible, desarraigar del todo unos sentimientos. Y todo eso ha dejado una huella profunda en mí, hasta tal punto que cuando salía al extranjero he sentido vergüenza de ser español, porque estaba en inferioridad de condiciones. No era un problema de ser más ricos o más pobres que los franceses, o que los ingleses o que los yanquis, sino estar castrados, llevar la marca en la frente como los nazis se la pusieron a los judíos, de ser subdesarrollados mentales por estar debajo de una dictadura. Y todo esto no sólo lo hemos padecido por aquel maldito 18 de julio, sino que lo seguimos padeciendo; es decir que es algo que ya no podemos desarraigar de nuestras vidas.

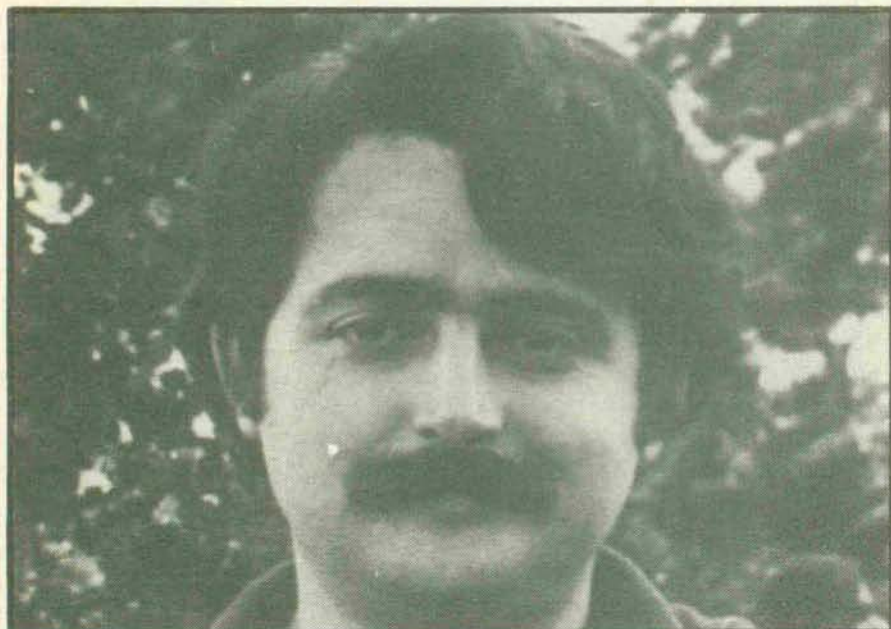
En cuanto a mi infancia y a mi familia, yo recuerdo que en mi colegio había como dos grandes bandos: uno, el de los requetés o los carlistas, y otro el de los separatistas o los vasquistas; no contaban para nada los falangistas, porque en Pamplona no se dio este tipo de ideología, y las cuatro personas que eran falangistas eran enormemente despreciadas por la población. Cuando en mi colegio, los niños tomaban partido por un bando o por otro, yo preguntaba en mi casa:

«¿Papá, y yo qué soy». Y en mi casa siempre me dijeron: «Tú no eres nada, nosotros no somos nada». Y siempre me recomendaban no meterme en jaleos, porque realmente era peligroso. Mi padre, por lo que yo recuerdo, no tomó partido en la guerra; no fue a la guerra, porque era miope —tenía ocho dioptrías en cada ojo— y eso le sirvió para que nadie se metiera con él. A mí me pusieron en manos de los jesuitas cuando tenía 10 años, y por eso yo no he recibido en mi casa una educación de ningún tipo, porque mis padres han sido católicos corrientes, como todos los de una capital de provincia, y en especial de una ciudad como Pamplona, que ha dado el número mayor de curas y de monjas de toda España. En mi casa no había un especial fervor religioso; el único creyente fervoroso que había en la familia era yo, porque era un niño muy imaginativo y abierto a la aventura, y la única aventura que se me pudo proponer en aquel momento era entrar jesuita, y poder ir a convertir paganos a la India o a la China.

Pero una de las sensaciones que he tenido de mi vida, y de la vida que se ha vivido en este país, es la sangre. Siempre he vivido bajo un régimen de terror o de horror desde niño. Yo soy un tipo temeroso, que tiene miedo. Y vivo angustiado. Y recapacitando de una manera psicoanalítica de dónde me puede venir a mí esta especie de terror, he llegado a la conclusión de que desde mi infancia siempre he estado rodeado de sangre. Porque

cuando era niño, la religión nos presentaba a un ser nada menos que clavado en una cruz; estamos acostumbrados a verlo, pero, ¡se dice pronto!, la imagen que puede dar un ser clavado en una cruz y chorreando sangre. La sangre es un elemento primordial en nuestra vida, por haber sido filtrada a través de una religión totalmente sanguinaria, absolutamente sangrienta no solamente en sus símbolos —hemos visto santos que llevaban la cabeza en la mano, otros atravesados por flechas, como San Sebastián, e incluso a la Virgen atravesada por puñales. Después, todos los relatos de nuestra infancia eran sangrientos, desde la Caperucita Roja, pasando por la Blancanieves y la manzana envenenada, y los ogros que eran gigantes que se comían a los niños. No ha habido en mi vida un cuento siquiera que fuera relajante. Todo esto va unido a las historias que oíamos del tiempo de la guerra, que eran todas absolutamente terroríficas, desde las checas, los fusilamientos, etc. Por consiguiente, toda mi infancia ha sido un mundo de horror; yo he oído en Navarra cosas que me espeluznaban, como lo que se llamaban los «paseos» que daban los nacionales a los rojos, o los rojos a los nacionales; gente que desaparecía de sus casas y se encontraban fusilados en una cuneta. Es decir, todo un mundo sangriento que ha inundado nuestras vidas. Yo me siento traumatizado por este mundo de sangre que rodeó mi infancia, y que se lo debemos al 18 de julio.

ENCUESTA



Jesús María Munárriz

YO no estaba en el mundo el 18 de julio de 1936, porque ni siquiera se conocían mis padres, pero naturalmente tuvo muchas consecuencias para mí. De hecho, 35 años de mi vida han estado completamente en función de este acontecimiento.

En un librito que escribí y que se llama **Cuarentena**, empezaba diciendo: «Yo nací en el 40 y la paz empezó en el 39», así que me tocó prácticamente toda. Es decir, nos tocó la paz, pero la paz entre comillas; naturalmente, eso nos condicionó muchísimo. Vivimos una infancia en un mundo que no tenía mucho que ver con otros mundos, que era distinto al del resto de los países europeos, que era un mundo aislado, donde predominaban los pensamientos que en otros sitios estaban completamente caducados, la religión imperaba por todas partes, había una única polí-

tica. En fin, lo que todos sabemos que ha sido el franquismo. Por otro lado, tiene un aspecto positivo: hizo reaccionar a muchos. La verdad es que entre las generaciones educadas en el franquismo, hay una que no tuvo remedio, que no supo salir del hoyo, que es aquella generación a los que les pilló muy jóvenes, y fueron educados en los años cuarenta, que es una generación muy acomodaticia, y que no se revolvió prácticamente nunca. Pero las generaciones siguientes, cada vez nos tomábamos el régimen menos en serio. Concretamente en mi tierra, que es Navarra, aunque uno pudiera pensar que aquello era el centro del franquismo, porque de hecho había sido uno de los focos de la guerra, el ambiente no era del régimen, aunque fuera de derechas y tampoco era absolutamente nada falangista. La Falange era una auténtica irrisión: se te aparecía alguien vestido de fa-

langista, y era un cachondeo general. Los carlistas tenían su fuerza, pero tampoco demasiada, porque los habían controlado bastante. Y se puede decir que no era un ambiente nada pro régimen, por lo menos en nuestro colegio, que era el de los jesuitas, y por tanto de niños bien. Creo que no había nadie en mi clase, por ejemplo, que se pudiera pensar que era partidario del franquismo; había un carlista oficial con algunos simpatizantes; otros, con una tendencia nacionalista bastante reprimida, y tampoco recuerdo que hubiera gente de izquierdas.

Yo, en cambio, tenía una familia muy variopinta, y en ese sentido el 18 de julio, respecto a los recuerdos familiares contados y oídos tantas veces en casa, me marcó bastante. Mi padre tenía siete hermanos, y mi madre nueve, con lo cual había para todos los gustos. Por parte de padre, había desde un alférez provisional, que se apuntó voluntario y que es caballero mutilado, hasta tres tíos míos, que siendo comunistas y anarquistas en Zaragoza, vieron fusilados a todos sus amigos, y ellos se acabaron metiendo voluntarios carlistas para salvar el pellejo. Y se dio el caso de que a un tío mío fueron tres veces al frente a fusilarlo, y el Capitán de su Tercio de Requetés lo defendió las tres veces, y consiguió salvarle la vida. Y luego, la familia de mi madre: un tío mío era de las JIR, que se disfrazó de ciclista el 18 de julio de 1936, salió de Pamplona y dijo que iba a Irún a una carrera. Por la carretera, se fue cruzando con la Guardia Civil, que le

preguntaba: «¿Qué tal Pamplona?». «Bien, bien —contestaba él—, está todo el mundo por la calle, la Falange, el Requeté, pero todo tranquilo». Y así fue pasando. Al final, llegó a Elizondo, allí consiguió pasar a zona roja por unos caseríos e hizo la guerra con un grupo de gudaris anarquistas. Y otro tío mío, más joven, se pasó toda la guerra en el Fuerte de San Cristóbal de Pamplona; vaciaron la celda no sé cuantas veces, y cayeron los que tenía al lado, menos él; y salió de allí con una lesión de corazón que le ha durado toda la vida. En casa de otra tía, hermana de éstos, detuvieron al secretario del PCE de Pamplona y lo fusilaron. Y mi tía, que sigue siendo una mujer de tremenda personalidad, quince días después se fue a montar una bronca al general Mola a su despacho, pidiendo trabajo para su marido, y cómo sería que consiguió que le dieran trabajo inmediatamente. Hay recuerdos muy grabados en mí. Mi abuelo vivía exactamente enfrente del despacho de Mola, y se pasó toda la noche del 18 de julio en la ventana fisgando —porque mi abuelo era muy fisgón— lo que hacían, y decía: «Estos están montando una...». Y una de las primeras cosas que hicieron a la mañana siguiente, cuando empezaron a salir grupos armados del Gobierno Militar, y alguien gritó: «¡Viva Rusia!», empezaron a mirar por las ventanas, y dijeron, que había sido un vecino de mi abuelo que era concejal republicano (se llamaba Sacar). Aunque estaba durmiendo, lo sacaron de la ca-

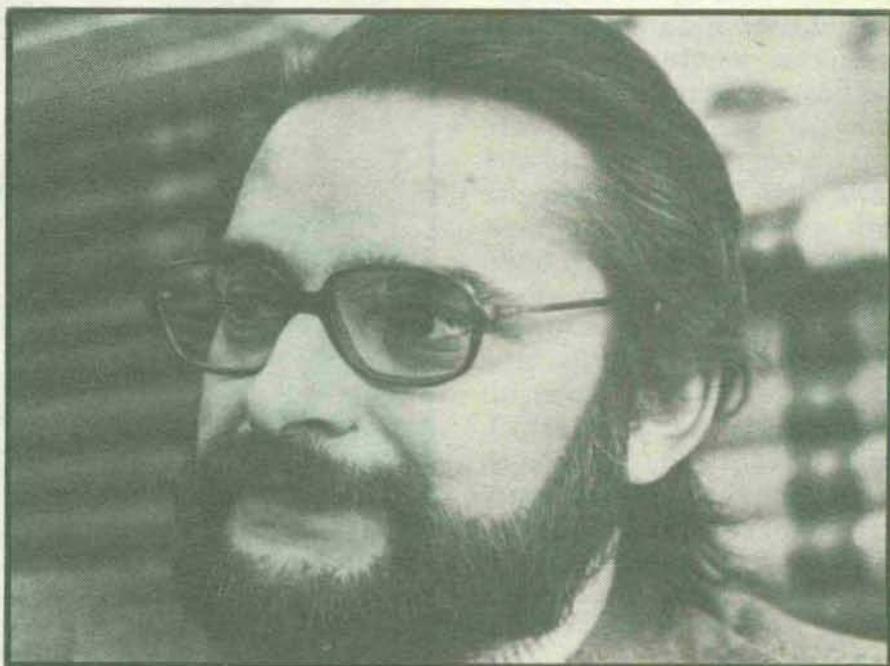
ma, y lo fusilaron inmediatamente.

Yo me comprometí políticamente, como todos los de mi generación, porque no se podía tolerar vivir en un Estado como aquel; milité en el PCE bastantes años, porque era la única salida decente que nos quedaba. Además comencé a cantar, como una forma de protesta, con un grupo de gente de la Facultad, como Chicho Sánchez Ferlosio, que era el alma de todo aquello. Una vez detuvieron a un señor de la Cámara de la Facultad, porque presentó una propuesta contra la FERE, y se armó un tinglado bastante gordo en la Cámara. La policía dijo que no le habían detenido

por eso, sino porque tenía unos papeles sospechosos en sucasa, y entonces empezamos a hacer canciones pidiendo la libertad de aquel señor, que curiosamente se llamaba Luis Gómez Llorente. Una de aquellas coplas decía:

*En su celda Luis Llorente
no distingue noche y día
el asunto del decreto
no se aclara todavía.*

Pero ha sido una época muy divertida, pese a todo. Ha habido una mezcla de miedo y de entusiasmo: lo pasábamos muy bien, aunque estábamos siempre llenos de miedo. Pero aquellos eran otros tiempos.



José Antonio Gabriel y Galán

MI primer recuerdo del régimen del 18 de julio se remonta a 1944, cuando vivíamos en Plasencia. En el Parque de San Antón, donde íbamos los niños a jugar, había un cuar-

tel, y a la caída de la tarde arriaban la bandera, y todos los transeúntes y toda la gente que paseaba por allí en ese momento tenía que pararse, ponerse firmes y levantar el brazo con el saludo

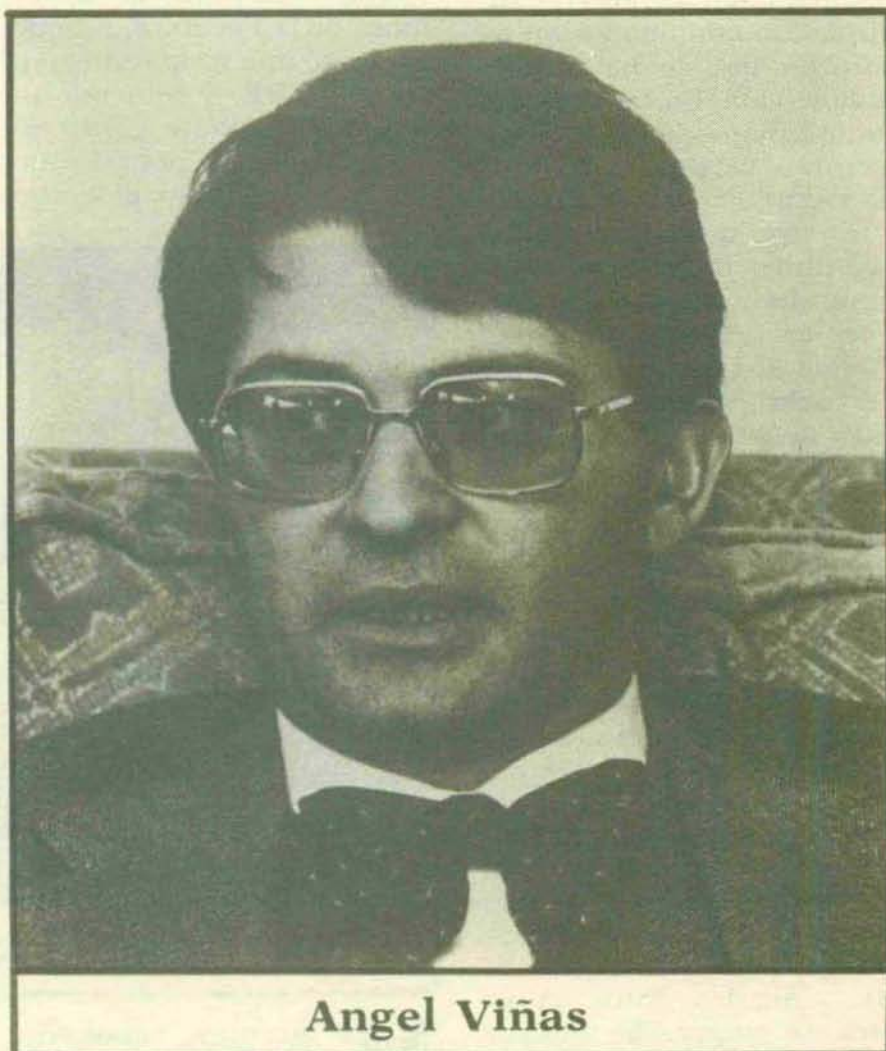
ENCUESTA

fascista, incluidos los niños. Entonces, mi primer recuerdo es verme a mí y a mis amiguitos con el bracillo estirado. Yo calculo que aquéllo, tuvo una significación más amplia, que con el tiempo he ido apreciando. Me parece obvio comenzar a explicar todo lo que en la educación de una persona puede significar una estructura dictatorial como la que padecemos, y el problema es que no hemos conocido otra, porque el que la ha conocido tiene una referencia y ambición de libertad que le permite ir subsistiendo. El problema de los que hemos nacido a partir de 1940 es que no teníamos más referencia que aquella estructura férrea. Entonces, como Segismundo, cuando vives bajo una losa, no eres consciente de hasta qué punto te abruma. Es ya posteriormente cuando te das cuenta de que falla algo. Por eso pienso que mi generación es típicamente escapista —en el buen sentido de la palabra— toda su vida; es decir, que mi generación ha sido de las que ha ido a París a hacer el aprendizaje de la libertad, disimulado con mil cosas, unos con el exilio voluntario, otros con el exilio involuntario, etc. Pero en el fondo íbamos a buscar una especie de nuevo mundo que desconocíamos. El choque ha solido ser brutal y de consecuencias bastante nefastas, e incluso estériles al cabo del tiempo.

Qué duda cabe que para un literato esto es más grave todavía, porque implica una autocensura superpuesta a la censura general, y que es natural, no es una autocen-

sura forzada, porque al no conocer la libertad no sabíamos escribir libremente. Yo, en mi primera novela, publicada en 1972, escribí un capítulo en el que el personaje trataba de hacer un ejercicio extraño que era escribir libremente, sin censura ni autocensura, y le salían cosas absurdas, hasta que llega a la conclusión de que no sabe escribir en libertad. Para un escritor esto es sin duda lo más grave, y en mi caso, es uno de los condi-

cionamientos que me parecen que me han marcado con más gravedad, porque la libertad es algo que se mama desde el principio, y si no se tiene es muy difícil adquirirla racionalmente; la libertad es una tradición, y esto lo estamos viviendo ahora, el hecho de que en este país no haya tradición de libertad significa que la imposición actual de una especie de libertad esté sufriendo cerceamientos y equívocos por todos los lados.



Angel Viñas

NACI después de la guerra que, posiblemente, indujo a mis padres a tener hijos y que dividió a mi familia por

partes iguales. Nadie de ella desempeñó un papel importante. Mi niñez transcurrió en una atmósfera marcada por recuerdos de la expe-

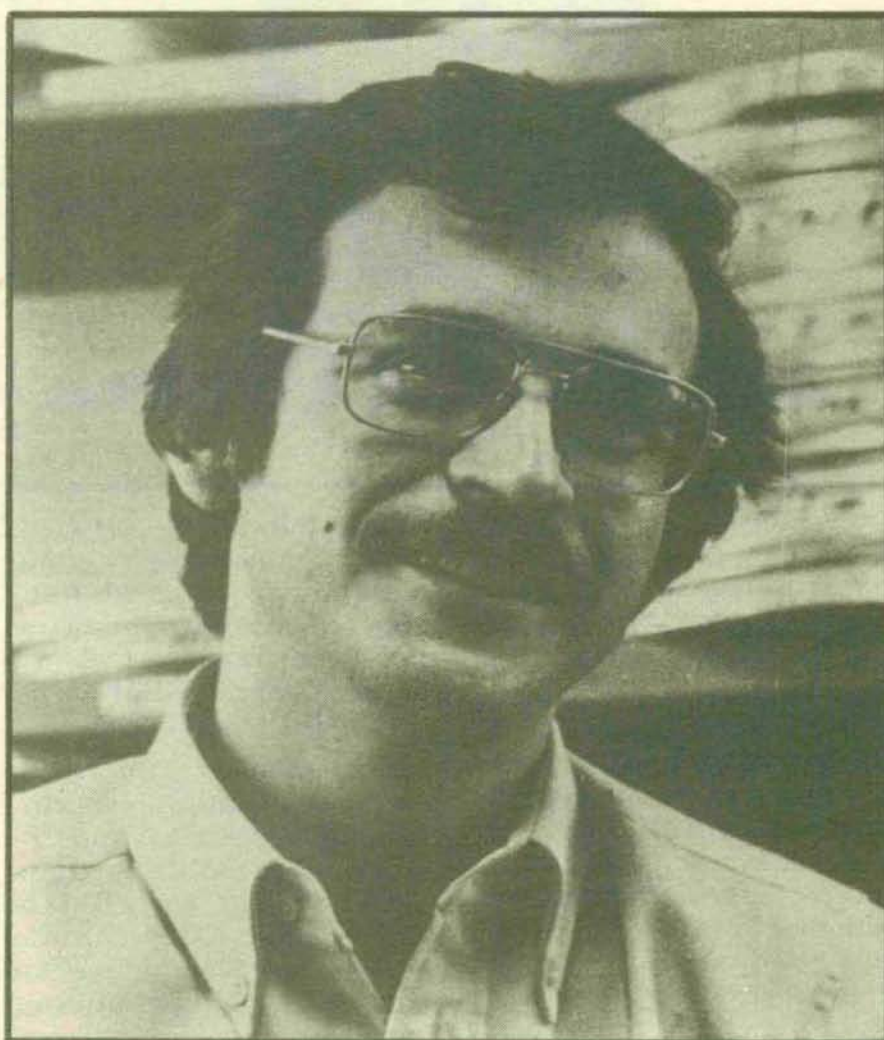
riencia republicana, por relatos sobre la guerra civil, por la evocación de los parientes que en ella perecieron, por los temores a la represión (que sólo se cebó limitadamente entre mis familiares) y por las discusiones que suscitaba la acción contra los maquis en una zona de la serranía de Cuenca donde solíamos pasar los veranos. En un sentido amplio, me parece que las consecuencias para mí del 18 de julio en el plano familiar no destacan entre las que sufrió la masa de españoles que contribuyeron al esfuerzo de guerra y que soportaron aquí positivamente la posguerra.

En el plano profesional no tuvo ninguna, salvo que ya en los años setenta dediqué buena parte de mi tiempo a investigar ámbitos concretos de la génesis del 18 de julio y de la propia guerra civil, ligados a mi interés por los aspectos económicos e internacionales de la misma.

En el plano intelectual moldeó de forma total mi evolución emocional. También la formación primera, que debo en buena parte a la inolvidable y beneficiosa influencia de una pareja de maestros represaliados en la posguerra, y que pertenecían a las entusiastas promociones de jóvenes enseñantes republicanos. La percepción de la España de Franco con los ojos de un muchachito de segunda enseñanza hizo que ya a los dieciséis años empezara a pasar largas temporadas en el extranjero (en Francia principalmente), lo que entonces —antes de la estabilización— no era nada

obvio. Desde ésta y hasta los veinticinco años, estuve más tiempo fuera (Alemania, Inglaterra) que dentro. Volví a España sólo por razones estrictamente familiares, y en cuanto pude ganar aquí una oposición me marché de nuevo hasta el asesinato de

Carrero Blanco. Creo que el ambiente en el que me crié de niño y mi posterior formación me llevaban inexorablemente a intentar hacer alguna contribución original al análisis de la guerra civil y, sobre todo, del franquismo.

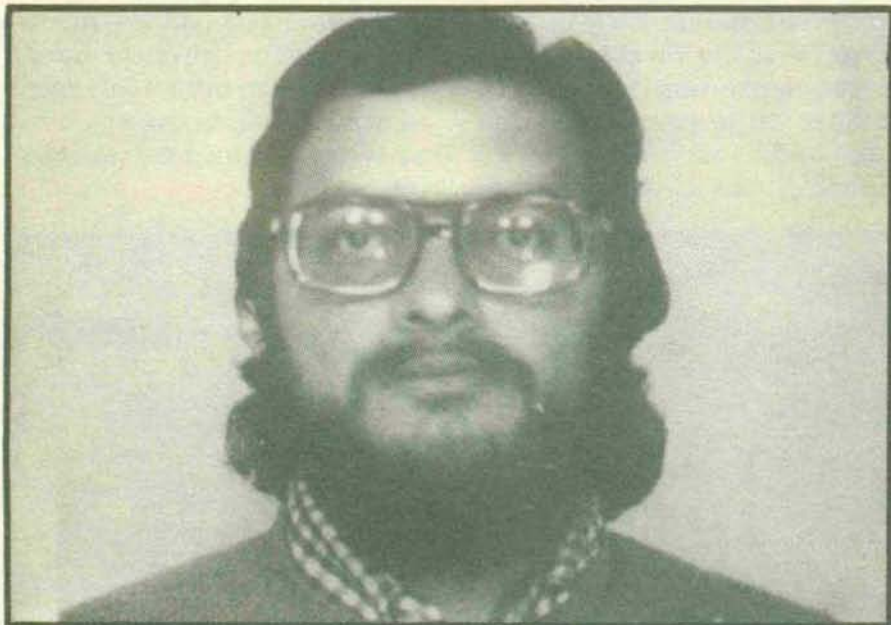


Diego Galán

YO no he conocido el 18 de julio de 1936, porque aún no había nacido, pero me hubiera gustado conocerlo porque fue el principio de una aventura apasionante. Tuvo que marcar positivamente a cuantos intervinieron en ella; fue un momento en que todavía ha-

bía perspectivas de futuro muy importantes. Creo que más que el 18 de julio de 1936, fue el 1 de abril de 1939 cuando empezó a inventarse el tipo de español triste, contrahecho y abotargado, que es en lo que nos hemos convertido todos, hayamos nacido cuando hayamos nacido.

REPRESION Y RESISTENCIA



Joaquín Arango

EN razón a mi fecha de nacimiento —a finales de los cuarenta— no viví el 36, pero sí sus consecuencias. La principal de éstas es, obviamente, el hecho de que la mayor parte de mi vida hasta el presente haya transcurrido bajo una dictadura. El hecho de que no haya sido sólo «bajo» una dictadura, sino también «contra» ella, es un paliativo que no termina de arreglar las cosas.

En todo caso, por la razón biográfica citada, he tenido la suerte de ahorrarme los terroríficos años cuarenta, y de pasar los cincuenta en un cierto limbo, sin clara conciencia de la naturaleza del mundo que me rodeaba, en parte por razones de edad —me encontraba en la infancia y en la adolescencia temprana— y en parte por razones familiares, pues mi familia era liberal-

conservadora: lo suficientemente conservadora como para no oponerse al franquismo, y lo suficientemente liberal como para no identificarse con sus valores y no tratar de inculcarme.

En consecuencia, mi vivencia de la dictadura es, principalmente, la de los años sesenta; sobre todo, a partir de 1964, cuando entré en la Universidad. Muy pronto arreglé las cuentas con mi conciencia política anterior —más bien adquirí una, pues antes apenas tenía— y me incorporé con entusiasmo al naciente movimiento estudiantil, los años del SDEUM. Aunque no faltaron contratiempos, para mí esos fueron años espléndidos. Qué duda cabe que el país era muy mediocre, incluso cutre; y que, aunque suavizada por el «boom» económico, por la ley de Prensa, por la esperanza lo-

pezrodiana de los 1.000 dólares de renta per cápita —o los 2.000, ya no me acuerdo—, la dictadura era una verdadera dictadura, como podíamos comprobar de mil maneras diferentes. La represión era una realidad constante, que nos hacía vivir con el alma en vilo. Siempre te podía caer algún palo, y de hecho más de uno cayó. En muchos momentos se sentía asfixia —asfixia cultural y existencial— y había necesidad de salir al extranjero a airearse si se podía.

Pero no se puede olvidar, y espero que no suene demasiado frívolo, que también fueron años de gran intensidad vital, y en conjunto divertidos. Por lo menos para los jóvenes había sin duda algo de aventura, a lo Dick Turpin. Uno se sentía moralmente confortado y seguro, quizás demasiado, en la convicción de que se perseguía una causa justa. Vivíamos hacia adelante, pensando que el tiempo trabajaba a nuestro favor. En los mejores momentos, había incluso esperanza de que se podría acabar con la dictadura.

A pesar de ello, en ocasiones no puedo evitar pensar que mi vida hubiera sido muy diferente si hubiera vivido en un país más civilizado. Y no tanto porque hubiera hecho opciones distintas —cada vez dudo más que uno opte—, sino porque las opciones que se me habrían presentado hubieran sido distintas.

De todos modos, no guardo

amargura. Aunque todas las dictaduras, sobre todo las prolongadas, dejan huellas duraderas —en la ética ciudadana, en la cultura política, en la cultura a secas—, la mayoría de los españoles

hemos dejado atrás la dictadura. Lo peor del caso es que muchos de los que la impulsaron o la mantuvieron desde ese 18 de julio de 1936 no la han dejado atrás, sino que aspiran a repetirla.



José María Mohedano

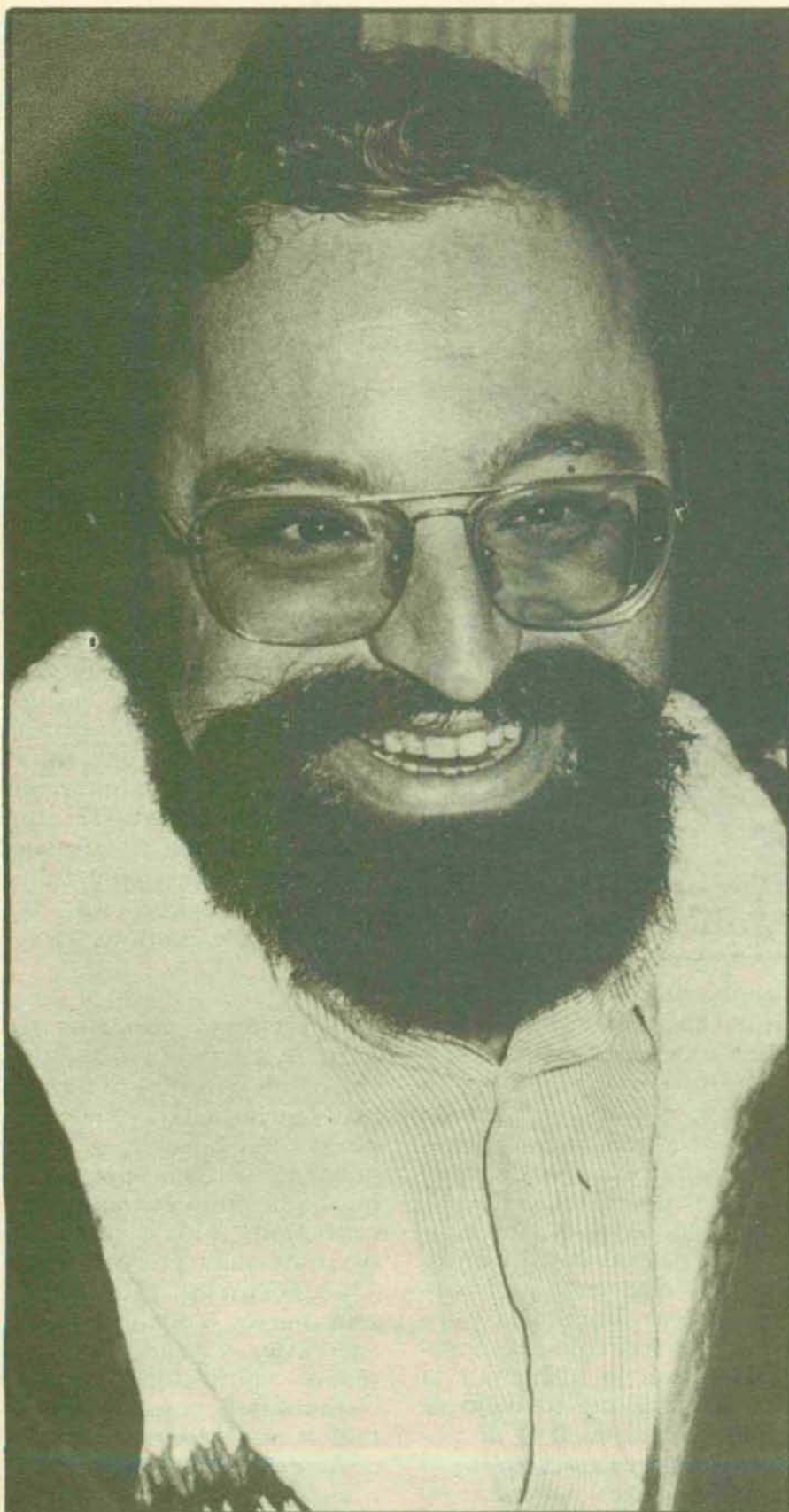
LOGICAMENTE, yo no tengo una vivencia personal del 18 de julio porque yo no había nacido todavía. Lo que sí he sufrido es toda la influencia que ha tenido el régimen que surgió del 18 de julio sobre mi vida. En primer lugar, en mi educación. Yo no tuve una educación en libertad; no pude conocer en mis estudios las diversas opciones culturales que se estudian durante el proceso educativo. Por ejemplo, mi conocimiento de la Historia era un conocimiento puramente *falseado, como era el que se daba en los libros de texto de aquella época*, desde el

prisma del 18 de julio, en especial en lo referente a la historia anterior de España, y por supuesto a partir del 18 de julio desde el prisma de los vencedores, y de quienes detentaban el poder en aquel momento. Posteriormente, cuando accedí a la Universidad, la necesaria militancia política que en aquel momento era obligatoria para cualquier persona comprometida con la lucha por la democracia, me sustrajo de poder profundizar y de poder extender mis estudios al conocimiento cultural en general. Yo pienso que todo esto ha tenido mucha influencia en los jóvenes de mi

generación, que tenemos una cultura mucho menos rica y mucho menos amplia, por ejemplo, que los jóvenes de nuestra edad de Francia, de Italia o de otros países de Europa. Por supuesto, como consecuencia de la militancia política en aquella época, fui expulsado de la Universidad tres años, estuve en prisión, hice el servicio militar en condiciones de represaliado, etc. Posteriormente, en mi profesión de abogado, y también como consecuencia de la situación política que vivía el país, tuve que dedicarme durante muchos años a una, digamos, especialización excesivamente escorada del ejercicio profesional, pero que era necesaria en aquella época, es decir, a la defensa de los presos políticos, de los represaliados en materia laboral, en materia administrativa, etc., y que de alguna manera eso te imponía una visión y una actividad excesivamente parcial en el mundo profesional.

Esos serían los aspectos negativos. Yo también señalaría como contrapartida, un aspecto positivo, y, por supuesto, no buscado por los gobernantes de la época. Y es que como consecuencia de la represión, quizá nosotros tuvimos más posibilidades —y así ocurrió— de adquirir una mayor conciencia democrática, y de adquirir una mayor solidaridad con la humanidad, cosa que a lo mejor no hubiera ocurrido de forma tan generalizada en nuestra generación, si no hubiera sido «gracias» —entre comillas— al régimen del 18 de julio.

ENCUESTA



Fernando Savater

YO pertenezco a las últimas generaciones que sufrieron de modo directo las consecuencias del franquismo. A mí, el 18 de julio como acontecimiento me pilla muy lejos, ocurrió once años antes de que yo naciera, y de algún modo la cosa estaba bastante superada cuando yo nací, pero me determinó en todo lo demás. Por un lado, el hecho de haber nacido en una familia marcada también por la guerra —como la de todos—; mi padre había perdido un hermano que fue fusilado aquí en Madrid; mi abuelo había estado en la cárcel; mi padre mismo había sido republicano —dirigió una revista republicana— y para él fue un golpe terrible cuando vio que su hermano fue fusilado por sus propios correligionarios, y vivió con cierta culpabilidad personal. Desde entonces, se apartó de todo, y se dedicó a una vida privada absolutamente al margen de la política. Todo ello determinó el cuadro de mi vida: el franquismo era algo así como el aire que respirábamos, era lo normal, y como se daba por hecho, pues estaba bien, aunque en el régimen había cosas mejores y cosas peores, ministros que eran más honrados y otros menos —al menos, uno se lo creía en aquella época—, y éstos eran los únicos márgenes de juicio. Pero al margen de la legitimidad de Franco como salvador de la patria y organizador de la paz, yo no lo he visto discutido nunca en mi casa prácticamente hasta los últimos años del colegio. Cuando entré en la Universidad, comencé a poner en

cuestión una serie de cosas, primero en el marco religioso. Porque yo me eduqué en el Colegio de los Marianistas de San Sebastián, y después en el Colegio de El Pilar de Madrid, y la enseñanza que nos daban era la religiosa con todos sus defectos y virtudes. Recuerdo que vivía en un ambiente represivo, pascato y ridículo en todo lo referente a la sexualidad, y todo lo que se diga respecto a sus horrores es poco. A mí, por lo menos, me disgusta darle vueltas, porque más que indignación, me despierta el sentido del ridículo, me da como vergüenza, porque uno siente la manipulación constante de la mentira de la Iglesia, y de la derecha, que tenían una capacidad de mentir tan constante, tan desenfrenada y tan polifacética, que parece increíble.

Los argumentos más falsos los utilizaban con toda conciencia, porque además creo que tenían absoluta conciencia de que todo era falso.

Llegó un momento en que a los 14 ó 15 años me planteé el problema religioso, que en mi caso nunca fue un problema muy virulento, sino un problema teórico, porque siempre me ha gustado mucho la teoría. Tomé el problema religioso como una cosa muy especulativa, pero la verdad es que nunca sufrí demasiado, porque nunca fui el típico niño que siempre le elegían para la Congregación. Y como me masturbaba todas las semanas, la confesión siempre era una lata, y tenía que cambiar de director espiritual a cada momento. Es decir, no tenía

una vida religiosa tan espectacular como para que luego el dejarla me causara un trauma tan espantoso como les ocurrió a otros amigos míos. Al subvertir teóricamente el problema religioso, y ver que todo aquello no estaba tan probado, y que la gente que había defendido posturas religiosas o antirreligiosas estaban también unidos a cosas como democracia, tolerancia, crítica de la autoridad, etc., pues ya empecé a pensar que todo lo demás no debía estar tan legitimado, y que el impío Azaña, a lo mejor, fue alguien que no estaba tan mal, sobre todo comparado con el impío Solís.

Y al entrar en la Universidad en 1964, me encontré con el movimiento estudiantil; la primera vez que vi que un guardia no estaba puesto para dirigir la circulación, sino para reprimir manifestaciones, empecé a ver las cosas de otra manera, y con planteamientos más o menos ingenuos que se van diversificando en su ingenuidad.

Por otro lado, yo no tuve un problema cultural extraordinario, en el sentido de que en mi casa la lectura contaba con bastante apoyo, y yo hasta que fui mayorcito no tenía interés en leer cosas que me pudieran prohibir, es decir, leía más o menos lo que nos gustaba a todos: las novelas de aventuras. Luego, más adelante, fue cuando comencé a leer otros autores más polémicos, como Bertrand Russell o Nietzsche, pero nunca tuve la sensación de lo oculto. Me acuerdo de que cuando tenía 15 años,

iba a la librería Aguilar, compraba los libros de Losada, los primeros libros que llegaban de Sartre y de Kafka; a Henry Miller, este autor prohibidísimo, que nunca sabías si estaba o no en la librería; y recuerdo que un día me buscaron una edición de Baudelaire de **Las flores del mal**. Pero a mí, en esa época, me vino muy bien el libro de **Lecturas buenas y malas** del P. Garmendia de Otaola, que era un jesuita.

Ahora yo tengo el gusto de estar entre esas lecturas: entre las malas, naturalmente.

Era una especie de anuario que hacían los jesuitas, prolongación de otro del P. Ladrón de Guevara de comienzos de siglo, que decía cuáles eran las lecturas buenas y malas. El P. Ladrón de Guevara tenía deliciosos momentos ingenuos; por ejemplo, me acuerdo que, cuando se llegaba a Galdós, decía: «Búsquese en Pérez cuán malo es este autor». Yo cogí este libro y fue básico, porque simplemente tenía que leerlo al revés para saber todo lo que debía leer. Había autores como Sartre —el libro tenía una especie de calificativos como obsceno, lascivo, abominable, lujurioso, ateo, impío, irreverente, blasfemo, etc.— que ya no tenía calificativos, y no te decía ni lo que era, sólo una especie de condena global y horrorizada. La primera vez que salí fuera de España, cuando tenía 15 años y fui con el colegio a Roma, lo primero que hice fue ir corriendo a una librería, y me compré las obras de Gide en La Pléyade.

Como anécdota infantil,

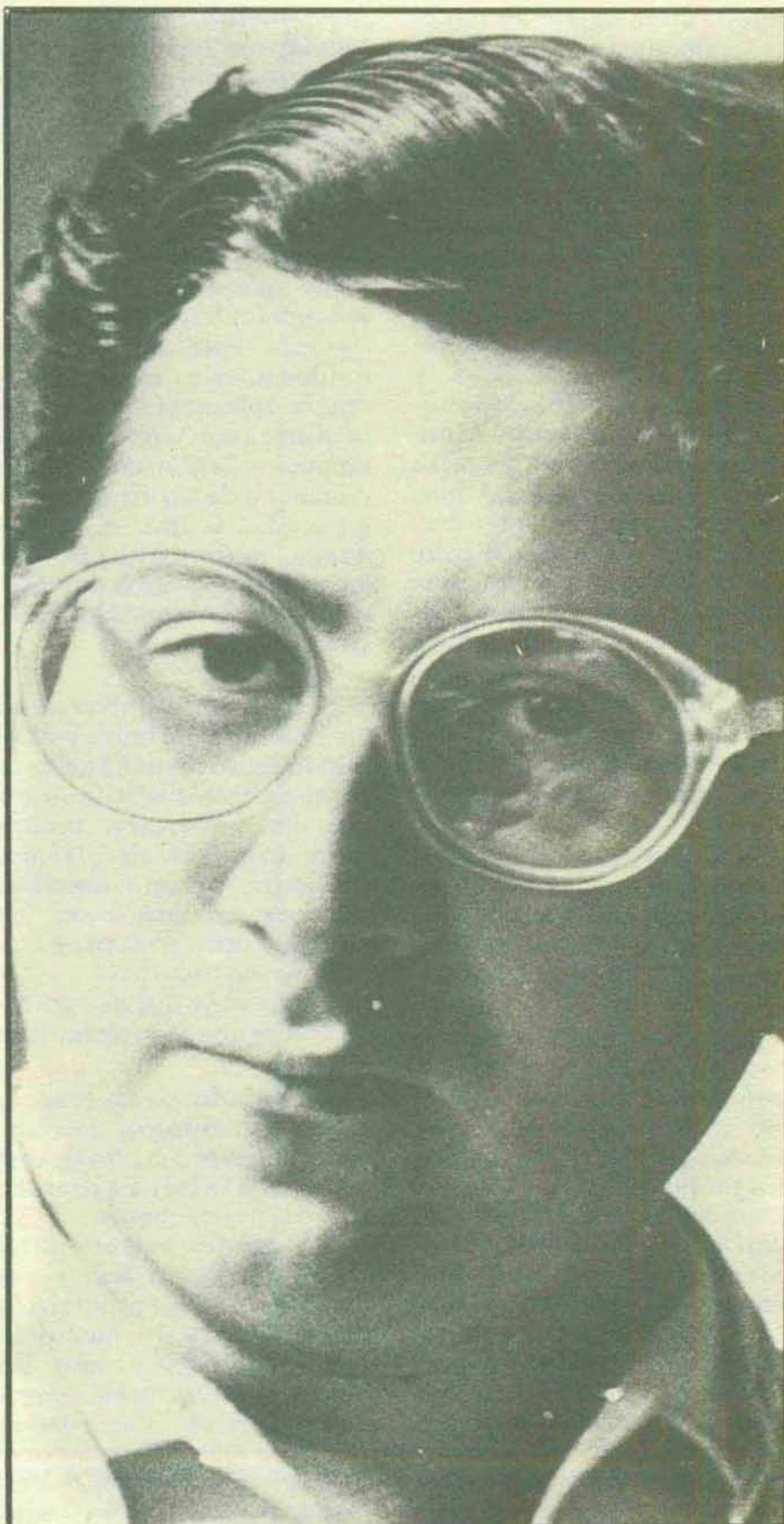
ENCUESTA

quiero contar una cosa muy significativa. Mi padre era notario en San Sebastián, y trataba con gente de la alta burguesía: el dueño de la Papelera del Norte, el dueño de los plásticos, el dueño de la conservera, es decir a todos los prohombres vascos de la industria y del comercio, personas evidentemente pancistas e instaladas.

Cuando se acercaba el mes de agosto, la gente se llegaba al despacho de mi padre, y le decía que agilizara sus asuntos pendientes, poniendo el pretexto de que se tenían que ir de vacaciones. Y esas vacaciones era que, cuando iba Franco con el Azor a San Sebastián, les metían a todos en chirona. ¡A gente como ésta, que eran los dueños de medio Euskadi, y algunas de las fortunas más importantes del país! Pero alguno tenía veleidades nacionalistas, hablaba en euskera, comía marmitako..., y durante la estancia de Franco se los llevaban a Maturtene o los deportaban, y por eso querían dejar resueltos los asuntos, para al volver en septiembre a sus despachos, cuando Franco ya se había ido, encontrarse con todo en marcha. Y los hijos de gente como ésta son ahora de ETA.

Por eso, cuando alguien se extraña de esto, lo que se fraguó entonces con estos señores ultraburgueses y conservadores, que se veían ritualmente encarcelados por el hecho de ser vascos, evidentemente indica lo que pasaría a niveles más bajos.

Los chicos que crecieron en esas familias han sido los que han engrosado las filas de ETA.



Luis Antonio de Villena

VOY a dividir la pregunta en dos partes.

Una familiar, que me afecta a mí desde otra perspectiva; y otra que se refiere a lo que nos ha podido suceder a todos, que es la ideológica.

En cuanto a la parte familiar, para mí ha tenido una consecuencia —como prácticamente para muchísima gente— de represión involuntaria. Mi familia era de derechas, no de derechas agresivas, no de estas derechas del mazo, sino una derecha liberal, pero convencidamente de derechas. Por otro lado, un hermano de mi padre murió en la guerra, fue uno de los que le dieron el «paseo». Era una especie de señorito elegante, totalmente descomprometido políticamente, pero que cometió la torpeza de salir a la calle el mismo 18 de julio medio vestido de fiesta, y no volvió. No se volvió a saber nada de él; encontraron el coche con manchas de sangre, y supusieron que le habían dado el «paseo». Con esto quiero decir que la animadversión familiar hacia lo que se puede llamar «los rojos» era notable, pero sin llegar, insisto, al fanatismo. Por otro lado, y curiosamente, el mundo oficial español tampoco les agradaba en exceso, porque tenían más bien sueños monárquicos, de la antigua Monarquía, y este mundo franquista les parecía entre oportunista —que lo era mucho— y de muy mal gusto. De forma que a mí el 18 de julio no me condicionó en la intimidad familiar más *de lo que me hubiese condicionado si hubiese nacido en plena República*, porque la familia hubiera sido la mis-

ma. Pero el ambiente exterior, como a todos, me condicionó mucho. Todos hemos vivido una infancia, y sobre todo una adolescencia —que es más grave que la infancia, porque la infancia se vive más en la familia, y la adolescencia se vive más en la calle— absolutamente represiva. Yo recuerdo el colegio como un lugar donde todo estaba prohibido, donde todo eran cosas que no se podían hacer, y había miles de temas de los que yo pienso que me hubiera gustado que me hablasen, asuntos que me hubiera gustado saber, y que, por supuesto, no sabía y no entendía. Viéndolo desde el presente, me parece una tremenda tragedia el hecho de haber perdido las grandes posibilidades que hay en la adolescencia de abrirse a cosas, de tener experiencias vitales, de conocer mundos nuevos, que nosotros no conocíamos.

En todo este tiempo, yo no tenía una idea concreta de lo que era el 18 de julio. Para mí, era un día que había empezado este asunto nuevo que vivíamos, que a mí me dejaba indiferente; yo no era un chico nada político, compartía un poco el clima familiar, es decir el clima de la derecha que está desinteresada por el franquismo, pero no pensaba más. Por otro lado, a un nivel mucho más concreto, era el día de la muerte de aquel tío mío, que sobre todo en una parte de la familia estaba muy mitificado, porque pese a ser un hombre que no había hecho nada, había vivido una nada dorada, en una especie de bibelot lujoso, que podía ser el símbolo de muchas cosas que se habían perdido con la guerra. Cuando yo empecé a

saber un poco lo que había sido el 18 de julio, leyendo libros de historia, hablando con amigos que conocí en la Universidad más progres que yo, me fui dando cuenta de lo que era, y me pareció una tragedia. Quiero decir que si toda guerra es siempre un acto espantoso e injustificable, una guerra civil, una guerra en la que se enfrenta un ejército contra un pueblo me parece algo descabellado, es una historia de ciencia ficción. Y sobre todo porque, si es muy cierto que la República española en el año 36 tenía muchas dificultades, era un país que vivía en una cierta zozobra, la peor manera de salir de esa zozobra era coger los fusiles y empezar a pegar tiros. Quiero decir que en julio de 1936 no estaban las cosas maravillosamente bien, pero el trauma que provocó esa contienda de tantos años fue tremendo, hasta el punto que todavía hoy vivimos sus secuelas.

A mí en lo que más me afectaba ese trauma era en el aspecto cultural y en el aspecto de las libertades cívicas. En el terreno de las libertades el trauma fue total, y cuando lo estoy notando desgraciadamente es ahora. La cantidad de cosas que deberíamos haber hecho los que éramos adolescentes bajo el franquismo son inmensas, y no nos las va a devolver nadie. Y en el terreno de la cultura, es todavía más trágico si cabe, porque una cultura como era la española en los años treinta, muy floreciente —también es un tópico, pero es absolutamente cierto— en ebullición, donde se estaban haciendo cantidad de cosas, quedó completamente cercenada. ■ M. R.